

La Estética del Sexo

Una lectura disidente del deseo, la seducción y el desarraigo.

Una mirada al acontecer del presente en tiempos de incertidumbre...

La palabra más apropiada para describir el actual momento, pareciera ser incertidumbre".
Ignacio Ramonet, (1997)

Entender la sexualidad hoy en día desde la estética que atraviesa la cultura contemporánea, supone una mirada en rápida abreviatura a la producción cultural de los valores estéticos, (sensibilidades, gustos, estilos, valores, tendencias) que parece estar configurando nuevos ordenamientos y texturas en **la prosa de la vida** en estos tiempos en que las situaciones de hoy son ambiguas, inciertas y cambiantes al ritmo de los aceleradas transformaciones que nos arrastran entre eventos, hechos, acontecimientos, crisis y conflictos. Panorama que nos asoma al entramado de fondo de la dinámica social del presente, donde transcurre el vivir cotidiano y la experiencia de la vida sexual.

Situar la estética del sexo como asunto a deslindar bajo la mirada del acontecer de estos tiempos de entrecruzamiento modernidad/posmodernidad, es una manera de asumir que la sexualidad forma parte del carácter de nuestra época y se nutre de su humus cultural. Es ver la sexualidad como un **epocal,**¹ (Vásquez y Moreno: 1997) un acontecimiento que tiene un proceso de formación contingente que hay que explicar y descifrar según sus márgenes sociohistóricos, en torno a los cuales se organiza toda una forma de racionalidad que atraviesa discursos, prácticas, instituciones y saberes que configuran y objetivan la vida sexual.

De allí, mi interés en hacer un paneo desde la superficie del acontecer del presente, como contexto de significación y rumor de fondo de una estetización masiva de la cultura que adopta entre sus **apetitosas carnadas, el cuerpo, el deseo y sus placeres** en los márgenes de estos tiempos inciertos en creciente aceleración y envolvente atmósfera de cambios epocales.

Vivimos tiempos signados aún por la modernidad profundamente erosionada y erráticamente traspasada por la escena posmoderna del simulacro, las modas, la homogenización, el kitsch, la banalización, el pastiche, el narcisismo, la indiferencia, la desfachatez y el desencanto; mientras la incertidumbre, el hastío y el malestar revientan el mundo de hoy, que se mueve en una pluralidad y amalgamamiento de discursos y prácticas sociales abiertas a un horizonte de otras formas de pensamiento, de otras sensibilidades, experiencias, prácticas y relaciones que, en torbellino arrastre envuelven el cuerpo y sus placeres volcados en la extroversión de una sexualidad des/encantada, des/ilusionada en la efervescencia de **la superproducción e indeterminación del sexo tras la liberación de su discurso**, dispersa en la **proliferación del deseo** (Baudrillard, 1989) y sus catarsis simuladas buscando asideros para el miedo, el desasosiego, la incertidumbre, el vacío y las ansiedades flotantes.

Merodean los signos del desarraigo

La creciente aceleración del **"progreso civilizatorio"** en compleja expansión del mercado

mundial capitalista y sus procesos de globalización, ha ido definiendo cambios en la totalidad de la existencia, alterando profundamente la praxis social y sus modos de expresión en la vida cotidiana hasta penetrar los más íntimos pliegues de la experiencia de vida, envolviéndonos en una vorágine de transformaciones que arrasa sociedades, culturas, etnias, políticas, religiones, territorios, ideologías, costumbres, valores, hábitat, modos y estilos de vida, prácticas y relaciones sociales..., y al individuo mismo, que, impulsado al hacer y al tener es sometido a los imperativos tecnológicos de una sociedad mediatizada como parte del proceso de masificación característico de un mundo globalizado. Como tendencia general, pocos acontecimientos parecen conmovernos o movilizar nuestra voluntad de participación o acción colectiva, nos conformamos con presenciar cómo espectadores curiosos los acontecimientos, triviales o importantes... ¡qué más da!, si todo lo convertimos en espectáculo público, en una instantaneidad de imágenes donde se fragmenta el presente y se amenaza con diluir la historia y desaparecer la conciencia. Y, como **“ausentes de toda historicidad”**, saturados de información, pero sin comprender lo que pasa, pareciera que todavía no alcanzamos a ver los efectos y repercusiones de los cambios que se están sucediendo en nuestra presencia. Sin embargo, como dijo Pablo de Tarso: **Este mundo, tal como lo vemos, está sucediendo.**

Seducidos, y superados por los acontecimientos que se suceden antes de que se les comience siquiera a percibir, vivimos desfasados ante el ritmo agitado de los cambios, fracturados en el tiempo entre una generación y otra nos desvivimos en un apretujamiento de idas y venidas entre objetos que consumimos y seguidamente desechamos; confundidos en la “muchedumbre solitaria” buscamos evadirnos en el rito cotidiano de lo efímero y lo superfluo; absortos ante el hechizo de la imagen hablamos el discurso mediatizado de las masas; moldeados bajo motivaciones colectivas pretendidamente necesarias, consumimos modas, imágenes y marcas en el mercado de las apariencias; hacinados en el espacio que implacablemente destruimos transpiramos angustias y soledades en un tiempo sin tregua. ¡Cuánta razón freudiana hay detrás del malestar de la cultura!

Acumulando cosas y más cosas, no nos damos cuenta de que pasamos del fetichismo del objeto al culto de la imagen, a adorar su representación en la que nos acumulamos también nosotros, como **sujetos deseantes**, en objetos de cambio. Es la sustitución del goce por el deseo y el deseo transformado en objeto, que pronto deja de ser deseado para ser nuevamente sustituido por otro(s) objeto(s)..., entre los cuales vamos desperdigando ese sentimiento de insuficiencia, de indefensión, retraimiento y desarraigo que pareciera debilitar al sujeto contemporáneo frente a las posibilidades de elección de esos objetos de consumo acumulados y desechados y vueltos a acumular, por lo que acaban por ser sólo su ausencia, su proyección, pues como dice De Diego(1995) .

Nadie podría desear tantas cosas a un tiempo, pero es imposible elegir una porque todas podrían ser deseadas... En un mundo que ofrece tantas cosas y tan de prisa, es imprescindible perder algo... Pero ¿perder qué?, si todo es estupendo como en el collage: la chica, el chico, el aspirador, la lata de jamón, el magnetófono, la televisión...”

Subsumidos en este marasmo colectivo, es como si quisiéramos imaginar la realidad y diluirnos en la historia colectiva al evadirnos de nuestra propia historia y entregarnos a la alegre confusión de la cultura globalizada en un mundo lúdico, interactivo, en constante dispersión, turbulencia, vértigo y aceleración en el que se fragmenta el tiempo convertido en velocidad a la que corremos para no perdernos los efectos perversos, perdón, quise decir, especiales (con todo y sus redes informáticas, tecnologías de punta, monitores, software, hardware, satélites que pululan por doquier) que va dejando la estetización a la cultura.

Son formas y mecanismos de dominación simbólica (violencia simbólica, diría Bourdieu: 1996)² bien articulados a las relaciones de producción del consumo, a los medios de comunicación de masas ligados al processing de la información y a los avances tecnológicos, que ahora nos conectan por las grandes redes del ciberespacio, mientras giramos a la velocidad huracanada de la expansión/contracción del presente y al ritmo frenético de las invenciones tecnológicas y científicas. Puntos de fuga, velocidad de escape, totalitarismo de la imagen, deseos insaciables, sujetos cableados, sexo virtual en gozosa hiperrealidad... nuevos rituales, otras visiones, locura, éxtasis, obscenidad, simulación, implosión.... ¡Paren el mundo, que me quiero bajar! (resuena en eco el graffiti aquel del mayo francés) ¿Tendrá razón el apocalíptico Baudrillard?

En la era de la imagen, acecha vigilante el ojo de cíclope encendido (de la televisión, del computador, del Internet) irradiado a todo el planeta con su extraordinario **"poder telemático"** (Baudrillard, 1986) en su capacidad de regularlo todo desde lejos mediante el cual

MIRAMOS

... o tal vez, sólo visualizamos
expectantes/hechizados/seducidos/conectados/ávidos/suspendidos/neutralizados/retraídos
entre sensaciones de
plenitud y vacío, contagio y mimetismo, atracción y rechazo, movilidad e inercia
la imagen de lo que pasa en el mundo en forma
codificada-manipulada-ordenada-reproductora-controlada-traspasada-estereotipada-fragmentada... para asegurar su representación mediante la recepción masiva y su apropiación individual, incluso desde nuestros propios recintos domésticos. Es la puesta en escena de la moderna sociedad de mercado, ya en un mundo posmoderno penetrado por el simulacro, enmascarando la realidad en una hiperrealidad en la que **el deseo** gana la partida a la total insatisfacción y las imágenes ya no guardan referencia con el significado.

En una sociedad mediatizada donde todo está siendo banalizado en un proceso de frivolidad, como afirma Julia Kristeva (1994), todos tenemos que mirar... asistir a los acontecimientos prefabricados por una cultura masiva que se disuelve en un performance de técnicas, hazañas, representaciones, decorados, simulacros, montajes, discursos, que a su vez, se dispersa en "un espectáculo de variedades" en el que cualquier cosa es motivo de escenificaciones. Y, no hay nada más escenificado (para deleite de las masas), y re/presentado (para el disfrute voyeurista), exhibido (para recreación del hedonismo contemporáneo) y dominado (para complacencia de la razón patriarcal) que el cuerpo y el sexo, montados en espectáculo, mercancía y exacerbación

publicitaria como objeto de preocupación, culto, tributo, idealización y discurso en una suerte de atrapa sueños y disolución del sujeto.

No es extraño entonces, que entre los **efectos sobreexpuestos el sexo esté en primera fila**, sobre todo en su fusión con la tecnología y la lógica publicitaria, que afanada en producir las necesidades de consumo, dota todo de atractivo sexual: el automóvil, los refrescos, el cigarrillo, la cerveza, los productos de belleza, de limpieza, las modas, los electrodomésticos, haciendo trascender su valor utilitario e imponiéndose como deseable y, llevando el producto/deseo/mercancía, incluso, al porno blando. Para muestra, la publicidad bastante explícita de un champú tan pero tan bueno, que, investido de cualidades sensoriales afrodisíacas agita la libido de una muy modosita fémina hasta hacerla perder el control y comenzar a jadear, gritar y delirar ardorosamente ¡Oooooohhhhhhh! ¡Aaaaaaaaahhhhhhhhh! como si experimentara en intenso placer el más ¡explosivo! Y delicioso de los orgasmos; gracias a la manipulación/reproducción de la seducción fetichista, hedonista, mercantilista, digital, ficticia, banal, abstraída del cuerpo y del sexo tanto como de los bienes de consumo. Lo que se manifiesta en la superficie visible de este ejemplo, es la lógica, con todo y su racionalidad instrumental, que está en la base de la estetización de la cultura, que viene a ser, como la fórmula Lipovetsky, el **“fin del divorcio entre los valores de la esfera artística y los de lo cotidiano”** (1998:105) dando lugar a las representaciones construidas por el mercado, el consumo, la tecnociencia, la moda, el arte, el cine, y demás dispositivos y mecanismos de la sociedad de la opulencia.

Es la realidad revestida de simulacro, el culto a la imagen que cautiva y nos contiene a partir de su representación, prendida a una nueva semiología massmediática, cada vez más tecnicada y sofisticada, y en la cual tenemos la opción de “interactuar” en cibernauta navegación por las autopistas de los medios virtuales que están a la orden del día en la sociedad red, en la que el cuerpo, inmerso en un campo político, es presa de las relaciones de dominación y, como buena carnada de consumo, puesto en escena dentro de “la cultura de la imagen”. Así, va operando la cultura massmediática, en la imagen del sexo sometida a nuevos referentes simbólicos, a nuevos ordenes, insumos, ritos, códigos y hábitos, en fin a nuevas y sofisticadas estrategias de circulación y flujo del sistema a favor de la manipulación y sobre exposición de sus signos. Se trata de un continuo reforzamiento de los mecanismos de la razón dominante (otro síntoma más de la crisis de la razón moderna) por dónde merodean los signos del desarraigo entre las tensiones que impone la vida en su cotidiana inmediatez y el pragmatismo, la emergencia, la confusión, lo elusivo y discontinuo, la premura, la fragmentación, lo aleatorio, la intrascendencia, el desorden y la incertidumbre; mientras hombres y mujeres sobreviven en un mundo cada vez más inseguro, elusivo, frágil y violento.

¿Hasta que punto se han redimensionado (no creo sea la mejor palabra, ¿mutado simbólicamente?, tal vez) los comportamientos y las prácticas sociales, envolviendo mente/cuerpo/sexualidad como espacios de apropiación? ¿Y, a todas estas, dónde queda el sujeto? ¿Qué pasa con la construcción de su identidad o identidades debatiéndose entre lo efímero, la seducción y el desarraigo?

Digamos que, mientras la diosa razón va envolviendo cuerpos y mentes, mentes y cuerpos adheridos a una modernidad en retirada que mitificó la razón como principio ordenador del

mundo en creciente homogeneización; la libertad cae en la trampa de su propia negación, el comportamiento humano luce confundido, desconcertado, ansioso, banalizado; el individuo, descentrado de sí mismo, sintiéndose libre vive la esperanza de la felicidad y consume la existencia en el mundo del consumo bajo una seducción continua que lo atomiza en individualidades desarraigadas de toda historicidad; el cuerpo sigue negado, distorsionado, escindido, fragmentado en una proliferación de discursos. Pareciera que se vive sin conciencia de ser, sin rumbo ni proyecto: confundidos/evadidos/ausentes/absortos/expectantes/seducidos y traspasados certeramente por la microfísica del poder. ¡Cómo quisiera no darles la razón a Nietzsche o a Foucault!. La seducción pasa a ser una forma de relación social dominante como principio de organización global de las sociedades de “la abundancia” (¿?) y del consumo como goce.

Mientras, los de la otra orilla, los marginados, los excluidos, anhelan con ojos desorbitados y estertores en el estómago, acceder a algo, de esa abundancia, de ese bienestar. Por otra parte, la diferenciación de los grandes valores ya no desemboca sólo en autonomía moral, en exaltación estética, en libre búsqueda de la verdad, sino también en un **frívolo esteticismo** y actitudes nihilistas que se observan en la sociedad en general (Morin y Kern: 1993), y que, a mi modo de ver, también se juegan azarosamente en la sexualidad **des/encantada**, con mayor desenfado, desinhibición y aparente desprejuicio pero con gran confusión y no menos temor, arrastrando aún prejuicios de tiempos decimonónicos, que recuerdan, parafraseando a Bachelard, que la sexualidad **tiene la edad de los prejuicios**. (Continuamente re/inventados, re/imaginados y re/generados)

Ese precario objeto llamado sexualidad

Si partimos de la idea de que la sexualidad, como construcción cultural, está inserta en el contexto social, es porque pensamos que ésta se ha constituido como tal en el curso de un proceso histórico determinado al que se encuentra no sólo contextualizada, sino interrelacionada sociohistórica y culturalmente mediante ciertas condiciones que configuran (como dijera Foucault) ese precario objeto llamado sexualidad. Y, es que:

“... no hablamos y nos comportamos de determinada manera porque poseamos una sexualidad que nos atraviesa y condiciona instintivamente; existe la sexualidad porque unos modos de hablar y de hacer, en un marco histórico determinado, han desplazado a unas maneras, a unos estilos precedentes y, casi sin darse cuenta, la han hecho posible”. Vázquez y Moreno (Ibid: 14)

Esto sugiere de entrada nuestra filiación teórica con algunos de los planteamientos de Michel Foucault³ de una genealogía de la sexualidad como experiencia humana históricamente concreta (campo de conocimiento, producto de reglas normativas, formas de subjetivación) constituida al interior de un conocimiento discursivo que, como señala el autor francés, está al servicio de un **poder expansivo** que atraviesa en forma creciente las instituciones y los saberes, lo que termina por convertir el discurso de la sexualidad en sí mismo en una práctica social. Pero, (y de esto, precisamente, no hablaba Foucault) se trata de una práctica sexual intervenida por la interpretación cultural de lo que significa ser varón o mujer socializados diferencialmente en



un mundo de opuestos y desigualdades. Hombres y mujeres distanciados de sí mismos, entre encuentros y desencuentros cohabitan bajo relaciones disimétricas de poder, cuya asignación/ atribución de género los posiciona, clasifica, separa y opone en desigualdades y discriminaciones sociales que atraviesan la experiencia de la vida sexual. Cuerpo y sexualidad divididos por relaciones de género que ubican, designan, interpretan y median la experiencia de la vida sexual para cada un@. Cuerpo negado, distorsionado, escindido, fragmentado en una proliferación de discursos y prácticas que converge, se desplaza, penetra o cruza tensionalmente ese oscuro objeto de deseo, llamado sexualidad.

En fin, hemos pasado de un mundo en el que estábamos familiarizados, y en el que de alguna manera identificábamos sus códigos y determinaciones, sus conflictos y contradicciones, a un mundo brusco, imprevisto y acelerado por el que merodean las dudas e incertidumbres. Incluso, el sexo, **“esa verdad secreta”**, parecía estar bajo control entre pecado, culpa y confesión, por lo que podíamos hasta reprimir o saltar nuestras **“perversidades polimorfas”** (a decir de Freud) y nuestros **“bajos instintos** de la mano del **“ello”** (nuevamente el padre Freud) nos llevaría del temor a la angustia y también al mundo onírico de los sueños y fantasías (imposible no pensar en los surrealistas) ¡En fin!... hasta teníamos confianza en una sexualidad atrapada por mecanismos que habían sitiado la vida sexual bajo custodia moral entre lo lícito y lo ilícito, lo prohibido y lo permitido, lo aceptado y lo rechazado bajo certificación y legitimación científico-médica de lo sano y lo patológico; cercada entre el **ser y el deber ser**, aprendido e internalizado por un proceso de socialización diferencial encerrado en sistemas de señalizaciones (estereotipos, roles de género, sexismo, machismo y otros tantos istmos reduccionistas) que nos dejan ese sentimiento de perplejidad y desamparo que acompaña al sujeto moderno. El sexo, desde un tiempo acá, ya “no necesita” de culpas, por lo que tampoco saboreamos el pecado, ni hay por tanto confesión y perdón, pero todavía escucha y recita letanías, desprotegido, a la intemperie, quizás, ¿otra vez estamos tras verdades “esenciales”, principios “universales”? ¿La liberación sexual?, ¿el éxtasis tántrico?... “Cuando todo se derrumba” como dice Rigoberto Lanz (1991) y cabe cualquier cosa, ¿seguimos acaso, soñando con aquel “tiempo dorado” del sexo? Y., ¿es que en algún momento lo hubo?

El sexo, hoy, en crisis de fundamentos, carece de sentido, por lo menos del sentido aquél amarrado al cuento que nos habían contado, y en esta crisis de sentido “cabe cualquier cosa”. Así, entre escapes, búsquedas, encuentros, huidas y evasiones, el sexo está siendo banalizado como una manifestación más de la trivialización de la cultura en la que hombres y mujeres estamos siendo banalizados. Están muriendo las certezas, los absolutos universales y, con ello, una forma de sueños, ilusiones y ficciones!... pero sueños y discursos al fin. ¿Será como dice Baudrillard (1991) que **todo se ha vuelto obscenamente transparente?**

¿Ha muerto el sexo?, y... ¿Es que alguna vez existió? ¿Es qué todo eso ha desaparecido?, ¿qué es lo que ha pasado?, ¿qué ha cambiado? Díganos, que **de algún modo todo está cambiando de rumbo junto a las mutaciones en curso**, el mundo ha dado un vuelco que nos ha des (estabilizado), haciéndonos perder las bases que sustentaban no sólo una manera de ser, hacer y estar el mundo, sino **una manera de representación de ese**

mundo que creíamos conocer, y que sin embargo, con toda su carga de insatisfacciones y contradicciones, nos aportaba seguridad. Pero, ¿cuál seguridad?, ¿de qué estábamos tan seguros?

“Esto otorga a la sexualidad una condición confusa y no del todo definida: fuente de dolor y placer, ansiedad y afirmación, crisis de identidad y estabilidad de sí mismo. Hoy en día, el sexo existe en un vacío moral. En medio de esta confusión e incertidumbre surge la tentación de volver a las viejas verdades de la “naturaleza”, o de buscar nuevas verdades y certezas, de buscar un nuevo absolutismo... La sexualidad es hoy, tal vez en una medida sin precedentes, una zona conflictiva”. (Weeks, 1993: 20-21).

Efectivamente, la sexualidad, hoy en día, sigue siendo una zona conflictiva que forma parte de las crisis que afectan el mundo moderno, sólo que esta crisis, en su dialectización (como la llama Morin) en su complejidad y multidimensionalidad, pasa nada más y nada menos que por tocar cuerpos, sexos, géneros, mentes y conductas en sus entreveradas subjetividades, identidades y preferencias, así como percepciones, motivaciones, actitudes, valores, prácticas y relaciones. Y, ello, perturba/incomoda las relaciones tensionales individuo/sociedad, precisamente porque, “la manera en que marcha la sexualidad es un signo de cómo marcha la sociedad”. Weeks (1998: 92) Y la sociedad marcha bajo la impronta de la modernidad, donde (sigo con Weeks) la sexualidad es algo más que una fuente de placer intenso o de profunda ansiedad, y se ha convertido en un campo de batalla moral y político, ¡como buen signo de la modernidad! Esto, ha producido una crisis de la sexualidad, una crisis en las relaciones sexuales, especialmente en las relaciones entre hombres y mujeres, y en la relación consigo mism@, tocando identidad/es sexual/es identidad/es de género, preferencias sexuales, pero también, y quizá fundamentalmente, lo que hay es una crisis en torno al significado de la sexualidad en nuestra sociedad.

Y, si hay algo en estos momentos que parece adolecer de proyecto, sentido y significado, es precisamente la sexualidad. Una sexualidad des/encantada, diluida en una multiplicidad de sentidos evanescentes con los que se pretende cubrir “su vacío” en un collage de nuevos paradigmas new age, “alternativos”, light, donde “el todo cabe posmoderno” mezcla lo fashion, lo frívolo, las modas y modos productos del progreso, de búsqueda de “libertad”, de bienestar, de felicidad y, de desarrollo humano, junto a la crítica moral y conservadora de laicos y religiosos, y hasta la demanda sexológica busca garantizar el desarrollo pleno de la salud sexual y reproductiva, garantizar y fomentar el desarrollo de los derechos y las libertades sexuales, e incluso cabe hasta la búsqueda de transformación esperanzada en una nueva política sexual. Se confunde así, sentido con finalidad trascendente, al estilo del más sofisticado anhelo teleológico que nos llevaría al orgasmo proclamado como clímax de liberación sexual conduciéndonos al éxtasis y a la máxima realización y comunicación espiritual con el cosmos y, el yin/yang nos daría el equilibrio bajo ciertas prácticas tántricas como camino de autoconocimiento y éxtasis místico. El capital libidinal también ha resultado insuficiente para descargar los impulsos sexuales, y en el desplazamiento de los saberes sexológicos, éstos ya no se desenfrenan en



“perversidades polimorfos”, ahora se expresan según las nuevas clasificaciones en parafilias sexuales; y la homosexualidad deja de ser estigmatizada como “aberración” o “perversión sexual” y, es deslastrada del etiquetamiento psiquiátrico de “enfermedad mental”, pues en su proceso de “depuración” sexológica se la clasifica dentro de la gama des/atada de las variantes sexuales, al tiempo que los homosexuales (gays y lesbianas) salen de su closet para afirmar la validez de su opción sexual y marchan por la defensa y reconocimiento de sus derechos junto a minorías sexuales, que también exigen y demandan los suyos.

Se trata de una sexualidad abandonada frente a la persistente ausencia y/o distorsión en materia (pendiente) de educación sexual; confundida y atemorizada ante el efecto terrorista y paralizador del SIDA y la proliferación de comportamientos variantes, prácticas, identidades y opciones sexuales, así como sorprendido@s y perplej@s por los avances científico-técnicos, el auge de los saberes y el conocimiento de l@s expert@s que se ocupan de su estudio e investigación. Hoy, varones y mujeres, se exponen desafiantes ante las insospechadas posibilidades técnicas/interactivas que ofrece el sexo en el ciberespacio, y el placer efímero y la satisfacción inmediata como metas del ejercicio de la función sexual. El sexo, que sigue siendo objeto de consumo, exhibido y vendido como mercancía, o pornográfico, distorsionado, prejuiciado, educado o mal educado, trivializado e impersonal, eso, que llamamos sexo, aparece hoy como un gran puzzle desintegrado, desarticulado y desmontado en el que parecen borrarse viejas y gastadas líneas divisorias, anunciándose el empobrecimiento del sexo y hasta su desaparición, se ha llegado incluso a declarar el fin del sexo, por aquello que decía Baudrillard, de que el sexo está en todas partes y en ninguna.

Y, en esta evanescencia de sentido (s) del sexo, **la ternura anda errática y el compromiso afectivo y amoroso oculto e invisible.** Ladi Londoño (1990). Ya no importa comprometerse física o afectivamente en nada, todo tiende a diluirse en imágenes, en números, datos, códigos, circuitos, chips y redes, y hasta en “nuevos des/órdenes amorosos. Es como si estuviéramos centrifugados en el vértigo que produce la velocidad de escape, la precipitación de la información, la difusión continua de la tecnología de los ordenadores, la simultaneidad instantánea de las imágenes en la que el sexo también queda comprimido (en/viagra/do) y ¡Anonadado! No obstante, como dice Florence Thomas (1999: 16):

“...el amor complejizó el “sexo”, la copulación y la crianza; desnaturalizó la actividad sexual, integrándola entonces a un nuevo orden de interpretación, un orden psicosocial que se inscribe en un campo semántico-simbólico”.

Y la simbolización complejiza amor y sexo en la demanda, en el deseo, en el placer, y en el encuentro con el Otro, en un **performance** que hace historia, drama, representación, texto y contexto más allá del impulso o de la necesidad meramente fisiológica encerrada en el determinismo biológico. Esto significa, una especie de desorden simbólico, pues, los seres humanos ya no estarán sometidos a la simple lógica de la racionalidad de las necesidades. No es de extrañar entonces, que el amor pueda sorprender al sexo, tendiéndole sus misteriosas emboscadas.

Mientras, **el deseo**, se imagina y realiza en el cuerpo que escapa hacia el objeto sexualmente deseado, escapando a su vez del dominio de las reglas, de los ejes de señalización, poco importa si el deseo se cumple o no, el deseo es ese movimiento ardoroso en dirección al objeto, que puede exteriorizarse como imposible, asediado entre su contención y su salida, la naturaleza y la cultura, la energía y la ley. El deseo **“... a través del sexo, es simultáneamente una cosa que nos posee de pronto y que poseemos: el deseo, esa primera posesión”**. (Edgar Morin, 1998: 28). El deseo sacude la plenitud del cuerpo más allá de un aletear de sensaciones en el encuentro **“carnal”** entre lo humano, lo animal y lo divino, ¡lo sagrado y lo profano! para realizarse en la atracción, la posesión, el amor, el dolor, el éxtasis..., territorio ambiguo del deseo que reserva para el sexo esa zona de **indeterminación, misterio y conflictividad**. Y ello, representa ¡amenaza!, ¡peligro! permanente para el código, para el orden y el equilibrio de los cuerpos, de las mentes, de los seres y las cosas. **“La regulación del deseo sustenta las instituciones sociales, y de este modo canaliza la transgresión y organiza la dominación”**. Manuel Castells (1998: 229).

Y, no olvidemos lo que se ha pretendido por tanto tiempo ignorar, denigrar o distorsionar, El sexo es placer, efusión emocional del deseo donde se expanden sensaciones, vivencias y necesidades de expresión, pero en cuanto a sus posibilidades de satisfacción se dobla ante las tensiones, contradicciones, dolores y desacuerdos, ya que el placer se instala en un punto de fuga (inasible) respecto a los márgenes o a la expansión de “sus excesos” y de cómo vivir la sexualidad y experimentar placer. Y el placer, ¡tan sensible! al “desorden de las pasiones”... ¡tan cercano a la transgresión! provoca malestar, perturba y conflictúa al que siente y también al que no siente lo gozoso y placentero de la sexualidad, y, sobre todo, inquieta a l@s que, desde la otra orilla, en una mezcla de soledades, fantasías, temores y deseos, miran oblicuamente tras la malla envolvente de sus propias ataduras, desde donde acechan, vigilan, evalúan, juzgan, censuran, recriminan, reprochan, niegan, rumorean, envidian, rodean, limitan, ocultan, desean, “ignoran” (o pretenden ignorar) o ni siquiera nombran el placer de l@s otr@s.

Por otro lado, el placer es hoy definido y genitalizado por la sexología en función del orgasmo como meta máxima de realización coital e indicador de “salud sexual”, lo que, entre peripecias, escauceos amorosos en insospechada gimnasia coital motiva al logro de fugaces y anhelados orgasmos. De modo que hay que esforzarse/trabajar/afanarse/cabalgar/montar/moverse/frotarse/estrujarse/menearse/ cada vez más rápido/estirarse/temblar/jadear/gritar/gemir/gruñir... **¡Aleluya el orgasmo viene!** Hombre y mujer representando una parodia, -cercados- por el estereotipo coital, codificados por la racionalidad de un modelo sexual, se entregan a una aparente liberalización de las costumbres, las mujeres emulan a los hombres en una sexualidad que les es ajena o en un hembrismo que las despersonaliza. Seguimos incluso la ideología del orgasmo cuantificable, rentable, utilitario, funcional, fisiológico en una carrera desbocada y competitiva hacia el logro de orgasmos minúsculos que duran tanto como un buen estornudo. Alrededor de la urgencia orgásmica se codifica un ritual de precipitación sexual, cabalgando sus cuerpos desbocados jadean caricias **in crescendo** hacia el climax sexual,

impelidos a satisfacerse en el juego de su mecánica de goce, él, bajo el patrón monoorgásmico aprendido socioculturalmente, ella, mono-poli-multiorgásmica o tetánica...se agitan en espasmódicas sacudidas y empujes entre sus contingencias fisiológicas...gozan para acabar su goce. Y, entonces, (baja el telón) ¿Qué acaban de hacer?, pues, **¡El amor!** (¿...?).

La sexualidad, en tanto representación en escena

Como en un laberinto de espejos, la sexualidad, en tanto representación en escena refleja el malestar de la cultura moderna y a la vez devuelve y provoca malestar en el devenir de una cultura atravesada por relaciones de dominación, habitada por estrategias de poder, fragmentada en dicotomías “irreconciliables”: naturaleza - cultura, hombre - mujer, masculino - femenino, público - privado, razón - emoción...; dividida entre los sexos; escindida en dos géneros que se hieren entre sí bajo relaciones de dominio/subordinación; confundida entre el ser y el deber ser; sitiada entre lo aceptado y lo rechazado; constituida por saberes que organizan su discurso; intervenida por la racionalidad instrumental que la configura; debatiéndose entre tensiones, conflictos y contradicciones... Todo ello conforma parte del escenario complejo de la episteme moderna que le sirve de trasfondo a la mismísima racionalidad sexual. Sin embargo, la sexualidad ese objeto de dudosa reputación, **parece conservar todavía una zona de indeterminación misterio y conflictividad que con su fuerza por momentos parece enmudecer a las personas, enfrentándolas simultáneamente con su origen y su virtualidad; una mezcla cotidiana de amor, placer y dominación.** (Revista Nueva Sociedad, 1990:79)

No obstante, la sexualidad sigue siendo regulada por la normativa sociocultural, pero esta regulación está sujeta a los cambios sociohistóricos, culturales, científico-técnicos, económicos, políticos, demográficos; cambios que por supuesto no están al margen del orden hegemónico que imponen las relaciones de poder que configuran la sexualidad “normal”, lo aceptado o lo rechazado por la norma sociocultural, de manera que los márgenes de libertad se agrietan, estrechan o ensanchan cuando hombres o mujeres oponen sus posibilidades de evasión, fuga, rechazo, rebeldía o resistencia al sometimiento, **a las formas identificatorias del orden; entonces es cuando se colocan en un afuera, en una situación de desafío o desamparo, atravesado por las imprevisibles corrientes del azar, del desorden, del caos.** Víctor Bravo (Ibid). Ante toda esta incierta y envolvente situación, hay reacción, desencanto y disrupción, y un nuevo orden en el caos que se entretejen a la trama cotidiana de estos **“tiempos posmodernos”** en una refundición de nuestros estilos de vida, en una remoción de nuestras representaciones simbólicas de la cultura, donde:

El hombre y la mujer de hoy, sin atreverse a mirarse a sí mismos/as con **narciso impulso** traspasan los espejos confundiendo imágenes, trastocando tiempos, cosiendo las fisuras de lo que se creía opuesto, disolviendo los espacios de culturas irreconciliables, esparciendo su **“yo”** entre un **“nosotros”** de dudosa identidad en un **olvido del otro**, que no es más que el olvido de sí mismo, creyendo afirmarse al parodiar el mundo en que han vivido, desordenando el lenguaje hasta enredar el hilo y no saber qué hacer, evocando las huellas de la nostalgia de lo que fue pasando, inventándose rostros de múltiples caras, llenándose de cosas ante el despojo

de sus mitos, tendiendo puentes entre los muros de su abigarrado mundo, ansiosos en pos de futurismos cabalgan presentes fugitivos, lanzando al viento los jirones de su hastío apuestan a la muerte de **la razón**, recreándose en la sensualidad de sus cuerpos largamente adormecidos, juegan a **“hacer el amor”** en una “estética mecanizada del sexo”, rebobinándose en un collage de residuos desprendidos decoran las vitrinas de su conciencia.

Así, entre la exacerbación de una modernidad inacabada y el pastiche de un posmodernismo como cambio de piel, en la sexualidad se han ido cambiando sus referentes simbólicos. Como ponen de manifiesto Balderston y Guy (1998:17), a quienes me permito citar **in extenso** por su bien hilada síntesis de **lo que está aconteciendo en la experiencia de la vida sexual** entretejida a sus imaginarios y a otras configuraciones para pensar, re/construir y vivir la sexualidad.

“Las evidencias anatómicas perdieron su peso simbólico de definición absoluta y otros signos, figuraciones (poses, vestidos, apariencias andróginas, mutaciones camaleónicas de sexo y hasta de color) ocuparon un lugar inédito en distintos escenarios de la cultura contemporánea. Proliferación que encontró un marco a la medida en la estética visual dominante de esta época. La indeterminación sexual como otro elemento de la desestabilización y fragilización de identidades que caracterizan este fin de siglo, cobro protagonismo dando paso a la duda, el asombro, el desdén, la curiosidad, la confusión y también el miedo. Aquellas marcas externas que permitían ubicar corporalmente a los sexos en órdenes inamovibles y tranquilizadores hoy se borran, se enredan y se diseminan en cuerpos, ideas, representaciones y textos”.

Lo que pareciera asomarse como un escenario desolador y apocalíptico, si lo vemos al interior de la crisis como desafío, problema y oportunidad, la escena de los tiempos que corren tiene sus matices, bemoles y sinuosidades que nos hacen parpadear otra vez con renovado asombro, interrogar con otras miradas, indagar con otras formas de análisis que no presupongan; explorar, asumir sencilla o complejamente, como si estuviéramos transmigrando, que estamos siendo otros sujetos, tal vez, otras personas. En estos tiempos de cruce, de tránsitos y caminos, me atrevería a intuir con Nietzsche, que...

“La grandeza del hombre está en ser puente, y no meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito... El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, una cuerda sobre un abismo. Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso estremecerse y pararse.

Y, en este peligroso estremecerse, prefiero detenerme a pensar, que es posible fraguar focos de resistencia, espacios de reflexión, deconstrucción y acción acerca de una manera distinta de vernos, de pensarnos, de relacionarnos, de amarnos, de sacudir la somnolencia y despertar/nos con una conciencia más lúcida para alcanzar a ver que aun no tenemos el horizonte clausurado, ni quiero imaginar, como Paul Virilio (1988) el mundo y la conciencia en una estética de su

desaparición. Digamos más bien, que es un nuevo sacudón en la historia de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- BALDERSTON, Daniel y Guy, Donna (1998, comp.). *Sexo y Sexualidades en América Latina*. Buenos Aires, Paidós.
- BAUDRILLARD, Jean (1989). *De la seducción*. Madrid, Cátedra.
- _____ (1986). *Olvidar a Foucault*. Valencia, Pre-textos.
- _____ (1991). *La transparencia del mal*. Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, PIERRE (1996). *La dominación masculina*. La Ventana, Revista de Estudios de Género, México. Universidad de Guadalajara.
- BRAVO, Víctor (1999) *Terrores de Fin de Milenio*. Mérida, Edic. El Libro de Arena.
- CASTELLS, Manuel (1998). *La era de la información, economía, sociedad y cultura*. Vol. 2. Madrid, Alianza Editorial.
- DE DIEGO, Estrella (1995) *La historia que nos cuentan, la historia que contamos*. Revista *El Paseante*, Número triple: 23-25. ¿Qué fue del siglo XX? Madrid, Ediciones Siruela.
- FROMM, E. (1981). *La condición humana*. México, FCE.
- FOUCAULT, Michel (1986). *Historia de la sexualidad*. Vol. 1. *La voluntad de saber*. México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1966). *Vigilar y Castigar*. México, Siglo XXI Editores.
- KRISTEVA, Julia (1994) *El hombre está siendo banalizado*. Entrevista. *Rev. Babelia Lanz, LANZ, Rigoberto* (1991) *Cuando todo se derrumba*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos.
- LIPOVETSKY, Gilles (1998) *La era del vacío*. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona, Anagrama
- LONDOÑO, María L (1990). *Sexualidad femenina como práctica de libertad*. Revista *Nueva Sociedad*. nº 109, Caracas, Editorial Texto.
- MORIN, Edgar y KERN, A. (1993) *Tierra –patria*. Barcelona, Kairós.
- MORIN, Edgar (1998) *Amor, poesía, sabiduría*. Bogotá, Edit. Magisterio.
- NIETZSCHE, Friedrich (1973) *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza Editorial.
- RAMONET, Ignacio (1997) *Un mundo sin rumbo*. Madrid, Tecnos.
- THOMAS, Florence, (1999) *Los estragos del amor*. Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia
- VÁSQUEZ, Francisco y MORENO, Andrés (1997). *Sexo y Razón*, Madrid, Edic. Akal.
- WEEKS, Jeffrey (1998) *Sexualidad*. México, Editorial Paidós.
- _____ (1993) *El Malestar de la Sexualidad*. México, Talasa Editores.

(Footnotes)

¹ Los autores utilizan el término epocal en el mismo sentido que Heidegger da a la epocalidad de la metafísica, es decir, un suceso en el desocultamiento del ser, como episodio de época y no como clave universal que permite explicar el proceso histórico, sino como una constelación de acontecimientos que hay que explicar y descifrar mediante la investigación histórica; en sentido similar, Rorty habla de la epocalidad de la epistemología y Weber de la aparición de una racionalidad sexológica como parte del curso fundamental de las sociedades modernas. Vásquez y Moreno (1997) *Sexo y Razón*. pp. 29-39.

² Para Bourdieu (1996) la violencia simbólica es aquel tipo de violencia que de forma paradigmática se ejerce sobre las personas con su complicidad y consentimiento, llegando a ser una construcción social biologizada, tan arraigada en la concepción y construcción del poder que no requiere justificación, ya que se impone como natural.

³ Hablar de sexualidad a partir de Foucault ha cobrado una importante dimensión teórico/crítica cuyo análisis va desprendiendo aristas muy distintas a la "hipótesis represiva", que nos hacen ver la problemática de los significados sexuales como portadores de relaciones de poder, lo cual confiere otras dimensiones al debate de la "puesta en discurso del sexo" en el contexto histórico/político. Lo que lleva a exponer la sexualidad como experiencia histórica concreta producida en el devenir de ciertas formas de racionalidad cambiantes, mudables epocalmente; reajustándose, reacomodándose, redefiniéndose la configuración y textura de sus vivencias, imaginarios y prácticas de modo contingente.